

El Okupa que ataca a los que (supone) son de su condición

14/05/2026



Introducción al Informe



Buenos Aires no se hereda por apellido, se camina por derecho. Pero hoy nos gobierna un hombre que necesitó que la justicia le desempolvara recuerdos de los años ochenta para justificar una presencia que no tiene. Jorge Macri es el administrador que saltó el cerco de la General Paz; un hombre que mientras ejercía poder real en otro distrito, fabricaba un arraigo administrativo para heredar un trono porteño. Es la usurpación institucional de guante blanco.

Lo paradójico es que este “okupa” del despacho es el mismo que hoy se viste de cruzado contra los que no tienen techo. Con la misma mano con la que firmó un fallo vergonzoso para ser candidato, hoy firma las órdenes de saturación policial en los pasillos de las villas.

Es el patrón que persigue al migrante porque le molesta el color de su piel o el acento de su hambre, olvidando que la única patria que vale es el amor a nuestra gente, y no esa estructura fría llamada Estado que solo se disfraza de ella para ejercer el castigo.

El OKupa de Parque Patricios contra los más humildes



Hay una diferencia que el derecho administrativo no puede explicar y que la justicia electoral decidió ignorar: la diferencia entre tener un domicilio y tener una historia. Buenos Aires no es un tablero de ajedrez donde uno mueve una ficha de un municipio a otro para ver dónde le toca ser jefe.

Esta Ciudad es un cuerpo vivo que late en los barrios, y ese pulso lo conocemos los que nacimos, los que pateamos el CBC en Ciudad Universitaria cuando el aire todavía olía a libertad, los que vimos cambiar las luces de las avenidas y las caras de los vecinos.

Hoy, desde el despacho de Parque Patricios, un hombre que no conoce el frío de nuestras madrugadas manda a "saturar" los barrios populares. Jorge Macri ordena operativos de saturación en la Villa 31, manda la infantería a rodear los pasillos donde nacieron y crecieron miles de porteños de ley.

Porque hay que decirlo con claridad: los pibes de la 31, de la 21-24, los que venden medias en Once para llevar el pan a la mesa, son más dueños de esta Ciudad que el tipo que tuvo que buscar recibos de luz de hace cuarenta años para que lo dejaran competir.

Es el mundo del revés. El que está "flojo de papeles" institucionalmente usa el aparato del Estado para perseguir al que está "flojo de papeles" económicamente. Se llena la boca hablando de la ley contra el migrante, contra el mantero, contra el que ocupa un pedazo de tierra para no dormir a la intemperie, mientras él mismo es un okupa de la voluntad popular, alguien que llegó por un acuerdo de cúpulas y la complicidad de un peronismo que miró para otro lado.

A nosotros no nos van a explicar lo que es el orden. El orden es que se respete la Constitución, no que se la use como papel higiénico para beneficiar a un pariente. El contraste es obsceno: de un lado, el porteño nacido y criado que sabe lo que es pelear el mango; del otro, un colono político que cree que gobernar es sacar fotos de desalojos mientras el resto de la Ciudad se cae a pedazos. No tiene asidero jurídico, no tiene autoridad moral y, sobre todo, no tiene el respeto de los que sabemos que la verdadera patria es la gente, no el cargo que lograste usurpar.

A modo de cierre (por ahora)



La ley en manos del poderoso siempre es un arma de doble filo: elástica para sus ambiciones y de acero para el cuello del vecino.

Jorge Macri cree que con desalojar una vereda en Once o saturar de patrulleros la Villa 31 está fundando una ciudad nueva, pero lo único que está haciendo es profundizar una guerra contra los de su propia condición: los que habitan un lugar que el papel dice que no les pertenece.

La diferencia es que el mantero ocupa un metro cuadrado para que su familia coma, mientras que él ocupa el sillón de la Ciudad para alimentar un proyecto de casta.

Podrán limpiar las veredas, podrán tirar gases y llevarse los canastos, pero no pueden borrar la historia de los que nacimos, vivimos y vamos a morir en estas calles.

El respeto se gana con coherencia, no con operativos de marketing policial. La razón no se desaloja.